

vantaría el bloqueo de las guarniciones francesas de Stettin, Custrin, Glogau, Thorn, Dantzick, y al cabo de un mes se volviera á ver triunfante á orillas del Vístula.

No se podía lanzar sobre el campo de batalla, que iba á ilustrar con tan altos hechos de genio, de heroísmo y de infortunio, una mirada que más mereciese la calificación de mirada de águila, pues cabalmente sus resultados, previstos tan á maravilla, eran los que se iba á cargar encima la imprudencia de los coligados muy pronto. Según su costumbre añadió Napoleón á estas miras generales la indicación puntual de los pormenores. Censura al príncipe á consecuencia de haber llevado al temible y temido mariscal Davout á Dresde, donde convenía sosegar y suavizar á los buenos sajones, en vez de reservarles para Hamburgo y la baja Alemania, donde se necesitaba un hombre terrible. Con efecto, bastaba el nombre de este mariscal para hacer temblar á las comarcas del bajo Elba, donde ya había hecho sentir la doble dureza de su carácter y del sistema imperial; nunca en su provecho, fuerza es repetirlo, y siempre para la ejecución de las órdenes de su soberano. Napoleón quiso que se le volviera á enviar á aquel punto, para suplir con el temor que infundía su nombre lo que pudiera faltar bajo el aspecto de los recursos militares. Acababa de recibir el mariscal Davout sus segundos batallones en número de diez y seis, reorganizados recientemente en Erfurt por el encuentro de los cuadros procedentes de Rusia con los reclutas que á las márgenes del Rhin iban llegando. Igualmente había recibido el mariscal Víctor los suyos que se elevaban á doce. Napoleón dispuso que se dejara al mariscal Víctor junto al bajo Elba para servir de punto de enlace entre el príncipe Eugenio y el grande ejército que iba á desembarcar en Silesia, y que el mariscal Davout bajara á Hamburgo para recuperar esta plaza. A la sazón se llenaban los cuadros de los terceros y cuartos batallones de los mariscales Davout y Víctor, junto al Rhin, con hombres procedentes de las antiguas clases. Treinta y dos batallones eran destinados al mariscal Davout y veinticuatro al mariscal Víctor, y añadidos á los segundos batallones ya mandados por ellos, debían hacer subir á cuarenta y ocho los del uno, á treinta y seis los del otro, y á ochenta y cuatro los de ambos. Así se tendría al cabo de dos meses otro hermoso ejército sobre el Elba. Napoleón halló un nuevo medio de aumentarlo con veintiocho batallones. Se ha dicho que en las plazas del Óder se había guardado el cuadro de los primeros batallones de estos antiguos cuerpos. Pero aconteció que los cuadros de dos compañías bastaron para recibir los soldados vueltos de Rusia. Como habían existido treinta y seis regimientos, resultaba un total de setenta y dos compañías, que, aumentado con las de los buques y con las numerosas tropas de artillería y de ingenieros dejadas junto al Vístula y el Óder, suministró las guarniciones de Stettin, Custrin, Glogau y Spandau. Tocante á las guarniciones de Dantzick y de Thorn, se debe hacer memoria de que se sacaron de las divisiones de Heudelet, Grandjeán, Loison, etc., agregándolos un resto de tropas bávaras. Así los cuadros de los primeros batallones, con excepción de dos compañías de cada uno, tornaron hacia el Rhin del todo disponibles, y supliendo Napoleón dichas compañías, organizólos con los de depósito por completo. Todos estos

cuadros se debían llenar por los hombres ya hechos de las antiguas clases. De esta suerte dentro de pocas semanas los mariscales Davout y Víctor, ya provistos de sus segundos batallones, recibirían además los primeros, terceros y cuartos, que formarían ciento doce de ochocientos hombres cada uno, y les proporcionarían hasta noventa mil infantes. Se les preparaban trescientas bocas de fuego en las plazas de Westfalia, de Holanda y de Hannover. Y les debían suministrar muy bastante caballería los cuadros de dragones y de cazadores procedentes de España, de modo que, aparte de los trescientos mil hombres con que Napoleón iba á abrir la campaña, se proporcionaba otro ejército de ciento diez mil soldados junto al bajo Elba. Sin embargo, como la insurrección de Lubeck y de Hamburgo hacía urgentes los socorros, Napoleón hizo partir desde luego cierto número de estos batallones que ya estaban listos y los envió á los departamentos anseáticos á las órdenes del general Vandamme.

Hallándose á lo largo de la ribera del Rhin todos estos batallones, embarcados fueron sobre sus aguas tan luego como se les vistió un uniforme, y tomando tierra en Wesel, se les puso en camino de Brema. Con sólo el nombre del general Vandamme bastaba para producir una impresión fuerte sobre estas poblaciones rebeldes. Añádase que el régimen constitucional fué suspendido en toda la trigésima segunda demarcación militar comprensiva de los países del bajo Rhin al bajo Elba, estableciéndose allí el régimen de las comisiones militares.

En Maguncia, aparte de la guardia y de los dos cuerpos del Rhin, á cuya organización se acababa de dar remate, y ya distribuidos entre Francfort, Wurtzburgo y Fulda, proyectaba Napoleón una nueva creación con el resto de los cuadros llamados de España. Se despachó más allá de los Pirineos la orden terminante de no dejar allí más que los cuadros necesarios para el número de hombres existentes, cosa que quitaba algunos soldados de preferencia, si bien poca fuerza numérica á España. Estos cuerpos llegaban sucesivamente en posta, y Napoleón previno que se llenaran con los ochenta mil hombres de las seis antiguas clases, cuyo alistamiento acababa de ser decretado. Según hemos dicho, los cuadros sacados de España eran inmejorables. Hecho habían la guerra en que mejor se forman los oficiales, la guerra de sorpresa, para la cual se requiere que obren casi como generales. Acostumbrados estaban á la fatiga, no habían servido á las órdenes de Napoleón ya hacía largo tiempo, ambicionaban el honor de estar bajo su inmediato mando y llegaban poseídos de ardimiento, al par que los cuadros procedentes de Rusia, aun no dejando nada que desear bajo el aspecto de las cualidades militares, se encontraban extenuados y animados de un resentimiento que estallaba en frases peligrosas (1). Estos últimos necesitaban descanso, indemnizaciones de lo que habían perdido y ser llenos con buena tropa antes de que pudieran entrar en línea. Ningún trabajo había que tomarse respecto de los cuadros de España, pues el día de su arribo á Maguncia comenzaban á ejer-

(1) La correspondencia del príncipe Eugenio, del duque de Valmy, del general Lauristón, del mariscal Marmont y de los ministros franceses en el extranjero, comprueban el hecho de una manera positiva. (N. del A.)

cer sus funciones y servían con ardimiento. Con estos cuadros preparaba Napoleón sobre el Rhin un ejército de reserva, al modo que sobre el Elba había creado otro con los cuerpos antiguos.

Por último resolvió preparar igualmente un ejército de reserva para Italia. Se ha visto que fué dirigido allí el general Bertrand, á fin de organizar un cuerpo de cuarenta á cincuenta mil hombres con los numerosos elementos militares que desde 1796 había acumulado Francia allende los Alpes, y que los cuadros del cuerpo del príncipe Eugenio, destruido en Rusia, vinieron á reorganizarse á mitad de camino, esto es á Augsburgo. Después de cumplir el general Bertrand su tarea, ya estaba en marcha al frente de muy cerca de cuarenta y cinco mil hombres, caminado había con fortuna, salvo que un regimiento italiano, encontrando un destacamento de la misma nación de vuelta de Rusia y oyendo sus relaciones, desertó casi todo. Aparte este incidente, el general Bertrand llegaba en buen orden y con tropas animadas de las mejores disposiciones. Pareciéndole á Napoleón muy distante Augsburgo de Italia para reorganizar allí el antiguo cuerpo del príncipe Eugenio, mudó de dictamen, dirigió definitivamente á Verona los cuadros procedentes de Rusia, y destinó al cuerpo del general Bertrand los tres mil reclutas ya reunidos en Augsburgo, debiéndolos recoger al paso. Ochenta batallones podían suministrar los cuadros enviados á Verona, reorganizándose durante la primavera y el verano. Seguridad había de completarlos, hallándose llenos los depósitos de Italia de reclutas provenzales, languedocianos, saboyanos, piamonteses, corsos, todos excelentes y reunidos ya hacía un año ó dos entonces. De cuarenta y ocho batallones se componía el ejército propiamente italiano, de los cuales había en España siete ú ocho, y como veinte en Alemania. Otros veinte había en Italia, poco más ó menos, ya completados sobre los mismos lugares, y que, unidos á los veinticuatro cuadros franceses procedentes de Rusia, debían presentar un total de cuarenta y ocho batallones. Medio había de elevarlos hasta sesenta, agregándoles asimismo algunos cuadros franceses llamados de España y ya en camino del Piamonte, donde tenían sus depósitos. Con éstos había para proveer de un segundo ejército á Italia. Agregando el ejército napolitano, que Murat organizaba con esmero, y que le servía de consuelo contra los pesares que la severidad de Napoleón le causaba, se podían juntar ochenta mil hombres en Italia para el caso en que el Austria infundiese recelos.

Así en Alemania y en Italia, además de los ejércitos que iban á entrar en línea, tenía Napoleón otros ejércitos apercebidos á servir de reserva y á reparar las pérdidas de la lucha. Verdad es que estaban compuestos de tropas muy jóvenes, si bien cerrados en cuadros admirables, y los cuadros forman el nervio de los ejércitos, como es sabido. Además no eran menos jóvenes las tropas alemanas que la coalición iba á oponernos, y si tenían el entusiasmo patriótico en su abono, nosotros teníamos el sentimiento del honor militar exaltado hasta el último punto, á Napoleón á nuestra cabeza y la fortuna con el deber de conservarla. De consiguiente las ventajas se hallaban muy en equilibrio. Sólo nos faltaba aún caballería, según se ha dicho. El general Bourcier, establecido en la baja Alemania, vió derrocados sus

cantones, restringido por extremo de resultados de la insurrección de las provincias anseáticas el campo de sus remontas, interrumpida toda la fabricación de monturas á causa de la mala voluntad de los artífices alemanes, y casi anulados en sus manos los créditos con que estaba provisto por la imposibilidad de proporcionarse metálico ni aun con el papel de los mejores negociantes. Apenas se hallaba en disposición de juntar la mitad de los treinta mil caballos, de silla ó de tiro, con que había contado. Sin embargo, tenía con que remontar doce mil jinetes, de los cuales seis mil estaban ya á caballo, repuestos de sus fatigas, y prontos á figurar en los cuerpos de los generales Latour-Maubourg y Sebastiani. De los depósitos del Rhin se podía sacar poco más ó menos igual número de jinetes montados, que se iban á juntar al ejército á las órdenes del duque de Placencia, siguiéndoles pronto otro contingente de parecida fuerza. Finalmente llegaban á la sazón los cuadros de la caballería de España y debían proporcionar nuevos recursos. Siempre se contaba con cincuenta mil jinetes para mediados del año, si bien era posible que hubiera diez mil á lo sumo á la apertura de la campaña. A Napoleón le daba esto muy poco cuidado, pues decía: «Daremos batallas de Egipto, y las ganaremos, como la de las Pirámides, con cuadros.» Por sí mismo había trazado el plan de educación de su joven infantería, y prescribió que se le hiciera ejecutar la formación en cuadro más á menudo (1). Por tanto, si se exceptúa el retraso de la caballería, todo había marchado con celeridad maravillosa, pues hacía lo más tres meses que se trabajaba y ya se podía caer con trescientos mil infantes y ochocientas bocas de fuego sobre sus enemigos, avanzados hasta el Saale imprudentemente.

Se acaba de ver cómo España le había proporcionado un plantel de oficiales y subalternos excelentes. Al menos sacaba este recurso, después de consumirse para sostener tan deplorable guerra. Sin embargo, no había querido debilitar mucho sus ejércitos de la Península por la causa siguiente. En el fondo de su corazón había renunciado á España sin decirlo, reservándose esta concesión, única á que se hallaba resignado, para decidir á última hora á Inglaterra á entrar en tratos. Toda su política estribaba en suma en desarmar al continente con sus victorias y someterle á los arreglos territoriales de su agrado, y en desarmar á Inglaterra mediante un sacrificio en España; y fuera buena, si los arreglos territoriales que pretendía imponer al continente parecieran más aceptables. De ser libre en sus determinaciones, el mejor partido bajo tal disposición de ánimo se redujera á evacuar la España para restituírsela á Fernando, y á sacar en seguida los doscientos mil admirables soldados que aún había en esta comarca. Pero obrando de este modo, muy luego hubiera de combatir en el Mediodía de Francia á los ingleses, á quienes no hostilizara ya en España, lo cual se resentía de mucho más peligro, y soltara una prenda que constituía su principal medio de

(1) Sobre este asunto existen cartas dictadas por Napoleón y curiosas y detalladas hasta lo sumo. Dos cosas y las mismas siempre deseaba que se enseñasen á los alistados: la formación de cuadros y luego el despliegue en línea de batalla, ó el repliegue en columnas de ataque al amparo del fuego de la división del centro. Estas maniobras se debían ejecutar en el camino, de modo de utilizar el tiempo de las marchas. (N. del A.)

negociar en el futuro congreso de Europa. Como por castigo de haber entrado en España había que permanecer dentro de ella hasta cuando ya no se deseaba. Por consiguiente se necesitaba defenderla á todo trance, es decir, tanto como en 1809 y 1810, y cual si se quisiera conservarla.

A mayor abundamiento aprobaba la situación nueva que allí se había tomado, aun censurando amargamente las faltas que habían conducido á ella. Aprobaba que no se retuviese más que á Valencia, Cataluña, Aragón y las dos Castillas, mitad la más importante de la Península; pero quería que esta mitad se guardase de modo de rechazar lejos á los ingleses si probaban á una nueva tentativa sobre Valladolid y Burgos, y aun que se les diera sobrada ocupación para impedirles que emprendieran expediciones marítimas á las costas de Francia. No debilitado el mariscal Suchet, le parecía bastante para defender el Ebro y la costa del Mediterráneo desde Barcelona hasta Valencia. Juntos los ejércitos del centro, de Andalucía y de Portugal, como lo estuvieron en la última campaña, le parecían bastantes para defender contra lord Wellington las dos Castillas. Sólo daba importancia suma á que estos ejércitos se acercasen más unos á otros, y ordenóles que volvieran á pasar el Guadarrama, y no mantuvieran sobre el Tajo más que la caballería, no conservaran en Madrid más que una división de vanguardia, y se estableciera en Valladolid la corte. Delante de esta ciudad quería que se hallaran juntas las tres huestes, de modo que pudieran concentrarse y marchar sobre el ejército inglés en un abrir y cerrar de ojos. También dispuso que se preparara un parque de sitio que pudiera hacer recelar á lord Wellington una empresa sobre Ciudad Rodrigo, siempre con el objeto de fijarle en la Península. Sólo una medida prescribió en contradicción al parecer con tan juiciosas disposiciones, y fué la de tomar parte de estos ejércitos, en caso necesario, para destruir á toda costa á las bandadas que desolaban el Norte de España é interceptaban las comunicaciones con Francia en Navarra, Guipúzcoa, Álava y Vizcaya. Como un fatal disturbio y como un inconveniente político de los más graves consideraba esta interrupción de comunicaciones. Efectivamente, proponiéndose antes de mucho hacer á España objeto de negociación y de trueque, deseaba poder decir que poseía la mejor mitad de ella sin disputa, y partir de este dato para apropiarse Cataluña, Aragón, Navarra, las Provincias Vascongadas, esto es, lo que se denominaba orillas del Ebro, y restituir lo demás á Fernando. Este ajuste había pensado imponer á José, y dispuesto se hallaba á celebrarlo con Fernando y con los ingleses; pero guardaba su secreto para no revelarlo sino lo más tarde y lo más eficazmente posible (1).

Con este designio y para tener comunicaciones seguras, fió el ejército del Norte al general Clausef, cuyo mérito nuevo y súbitamente revelado le había sorprendido, aunque desde lejos, y le facultó para atraer á sí una parte de los tres ejércitos concentrados en Castilla, á fin de que tuviese tiempo de destruir á las bandadas

(1) Este arcano ha permanecido oculto; pero ninguna duda nos ha dejado sobre su existencia la atenta lectura de los papeles de Napoleón, de sus cartas, de sus notas, de sus órdenes administrativas y militares, y por esto no vacilamos en presentar como una certidumbre histórica el hecho de que se trata. (N. del A.)

antes de la época en que los ingleses acostumbraban á entrar en campaña; determinación importante de suyo y que podía tener graves consecuencias, según se verá más tarde. Sus disposiciones eran excelentes, si se exceptúa la tal determinación, defectuosa á juzgar por el resultado. No había quitado de España más que unos treinta mil hombres al echar mano de los cuadros, y de doscientos ochenta mil hombres de efectivo le dejaba doscientos mil combatientes, los mejores que á la sazón poseía Francia. Llamado había al mariscal Soult, ya incompatible con la corte de Madrid, dando á José, además del mariscal Jourdan para aconsejarle, los generales Reille, Erlón y Gazán, para mandar á sus órdenes los tres ejércitos de Andalucía, del centro y de Portugal.

Tranquilo así respecto de España, satisfecho de sus armamentos á la parte de Alemania, se aprestaba Napoleón á partir tan confiado como en época alguna sobre el resultado de sus vastas combinaciones. Pero antes quería organizar su gobierno para precaver un accidente efectivo ó sólo supuesto como el de que se había servido el general Malet para reducir á prisión hasta á ministros.

Ya hemos dicho que, pensando en coronar al rey de Roma este mismo invierno é investir á María Luisa con la regencia, habló de este punto al archicanciller Cambaceres, único hombre en quien respecto de la política interior tenía plena confianza. Después de reflexionarlo algún tanto, no pareció oportuno coronar al rey de Roma en momentos en que los ánimos estaban poseídos de honda tristeza ni atraer á París á los personajes más influyentes de los departamentos cuando se les necesitaba para las manifestaciones patrióticas á que era menester dar impulso. Aún quedaba la regencia, con que era fácil investir á María Luisa sin mucho aparato, para que, en el caso de que se le llevara á Napoleón una bala, se pudieran unir los ánimos en rededor de un gobierno ya constituido y en plenas funciones. Según lo hemos dicho, Napoleón, que había hecho como emperador la campaña de 1812, quería hacer la de 1813 como general y hasta como soldado. Conocía la necesidad de proceder de este modo, y además le agradaba volver á figurar simplemente como hombre de guerra, porque la guerra era su arte predilecto, y una vez tranquilo acerca de la suerte de su esposa y de su hijo, á quienes amaba de veras, casi tenía á dicha tornar de plano, y por decirlo así sin zozobra, al oficio de su juventud, al oficio que había hecho sus delicias y su gloria. De consiguiente resolvió conferir la regencia á María Luisa antes de su marcha. Esta resolución tenía también una ventaja de tanto precio como la de lisonjear al emperador Francisco, muy amante de su hija, aun cuando lo fuera más de su casa. En efecto, de presumir era que, si moría Napoleón sobre un campo de batalla y quedaba María Luisa por soberana de Francia, ésta contase por amigo á su padre. Hasta parecía probable que, si se realizaba este caso, no hallándose Francia debilitada como lo estuvo en 1814, se contentara la coalición con arrancarla ciertos sacrificios, dejándola los Alpes y el Rhin por frontera.

Harto se comprende que Napoleón no pensaba en confiar el gobierno de su vasto imperio á María Luisa, buena y bastante sensata, pero del todo ignorante de los negocios del Estado, sino á un hombre de sin par buen sentido, de experiencia consumada y de carácter

algo menos débil que generalmente se le supone. Se adivina que hablamos del archicanciller Cambaceres. Napoleón quería que estuviese al lado de María Luisa, y que lo gobernase todo bajo el nombre de esta princesa. Hasta muriera sin zozobra si terminada la guerra estuviera seguro de dejar durante diez años más la minoría de su hijo y la ignorancia de su esposa bajo la dirección de este personaje, en quien concurrían la delicadeza, el tacto, la circunspección, la sabiduría, á formar un superior hombre de Estado, no firme, atrevido y hablando alto, como se ve en los países libres, sino maestro consumado en el arte de las contemplaciones, al modo que se necesita en un país cual Francia, que no puede ser gobernada, ni cuando no es libre, sin infinitas precauciones. Para una tarea de esta especie temía Napoleón á sus hermanos, y desconfiaba de sus pretensiones y de su humor inquieto, sobre todo durante una minoría.

Su desconfianza se había acrecentado á causa de la edad, de un principio de infortunio, del abatimiento de los caracteres bajo el poder absoluto y de las lecturas históricas que habían llenado su juventud y que recordaba en su edad madura. Confiadísimo respecto de las cosas que dirigía personalmente, no vislumbraba más que siniestras perspectivas después de su muerte, sobre todo para su esposa y para su hijo. Enojado contra sus hermanos y contra su cuñado, que le contrariaban con su conducta, y á quienes maltrataba por extremo, se hallaba convencidísimo de que se disputarían el poder si dejaba un hijo en la infancia y de que turbarían su minoría. A la larga habló de estas inquietudes con el príncipe Cambaceres, y mostróse resuelto á adoptar las precauciones más ofensivas relativamente á sus hermanos. Las constituciones imperiales negaban la regencia á las hembras, y la conferían á los tíos del emperador durante su minoría. Napoleón dijo atrevidamente al príncipe Cambaceres que no quería que sus hermanos fuesen investidos con la regencia, y que pensaba conferirle á María Luisa para que la ejerciera el mismo Cambaceres bajo el nombre de la emperatriz. Su muerte en medio del fuego le parecía muy posible, y personalmente le asustaba poco, y aun podía no ser á sus ojos el peor de los fines. Así quería dejar un gobierno constituido del todo y en actividad plena antes de marchar á Alemania. Estas miras llenaron de susto al anciano Cambaceres á pesar de lo lisonjeras. Siempre había comprimido su ambición la prudencia, y el peso de los años le hacía aún menos ambicioso que nunca. Algunos goces sensuales, poco dignos de su gravedad, distrajeran durante algún tiempo su alma reposada: ahora ¿quién pudiera creerlo?, este espíritu, tan poco dominado por la imaginación, propendía á la devoción extremada, y bien lejos de aspirar á gobernar un inmenso imperio, durante la ausencia ó á la muerte del gigante que le había elevado, pensaba en abismarse en la piedad y en el retiro. Espantóse, pues, del papel que se le reservaba, y en presencia de Napoleón abogó por la causa de sus hermanos. Según dijo, ante todo hubiera convenido excluirlos por una disposición constitucional, y la historia enseñaba de sobra que las disposiciones de los soberanos difuntos, establecidas ó no constitucionalmente, no prevalecían contra las pasiones que su muerte desencadenaba casi siempre. Además José era bueno, adicto á Napoleón en el fondo, no tenía hijos varones, y proba-

blemente pensaba en casar á una de sus hijas con el rey de Roma. Razones eran éstas para no temerle y aun para considerarle digno de confianza. Jerónimo también era adicto á su hermano, y nada en proporción por su edad para disputar la regencia. Luis había desaparecido de la escena. A no ser como militar carecía Murat de importancia. De consiguiente no había por qué infundiesen inquietudes, y convenía dejar la regencia á José, en cuyas manos sería poco disputada. Ninguna de estas razones hizo á Napoleón fuerza, y apareció decidido á excluir á sus hermanos. No quería por regente más que á su esposa, guiada por un varón hábil. Acto continuo habló el archicanciller á Napoleón del príncipe Eugenio, que jamás le había dado disgustos, salvo por algo de indolencia, y que sin duda había adquirido grande honor en la última campaña. Al oír el nombre del príncipe Eugenio, sin embargo de lo afectuoso que se mostraba Napoleón al hablar de este personaje, se detuvo de pronto con apariencias de una reflexión inquieta y sombría. «Eugenio, dijo, es un hombre excelente; pero es muy mozo, y conviene guardarse de encender una ambición excesiva en ese corazón, tan poco hecho á las pasiones del mundo... ¡Quién sabe lo que vendría con el tiempo!...»

Descartados así todos los príncipes imperiales y porfiando Napoleón siempre en su idea, forzoso fué buscar las formas menos ofensivas para satisfacerle. En lo de hallar formas nadie aventajaba por lo hábil al príncipe Cambaceres.

Para excluir á los más de los príncipes de la familia imperial, tanto de la regencia como del consejo de la misma, había una razón de las más obvias y de las menos ocasionadas á disputa, y era la de estar en posesión de un trono extranjero. Con efecto, los príncipes reinantes fuera del imperio podían tener intereses tan contrarios á los de Francia, que su exclusión del gobierno en caso de minoría se caía de su peso, y no podía parecer una de aquellas precauciones de desconfianza, ni uno de aquellos rigores excesivos, que inmediatamente borra un reinado al suceder á otro. Se convino, pues, en que por un artículo del senadoconsulto proyectado, se excluiría de la regencia á los príncipes sentados en tronos extranjeros á menos que abdicaran su corona, lo cual no ofrecía verosimilitud alguna, para ir á Francia á ejercer sus derechos de príncipes y de grandes dignatarios del imperio. Otra disposición naturalísima de igual modo estribaba en la preferencia concedida á la madre para gobernar el Estado durante la minoría de su hijo. Aquí la naturaleza era una razón que hablaba á todos los corazones. A mayor abundamiento la política exterior acababa de añadir otra razón á favor de María Luisa, y era la ventaja de conferir el poder á una hija de los Césares, amada por el emperador su padre, y teniendo así títulos sagrados á la protección de la principal corte europea. Excluidos los hermanos de Napoleón sin injusticia y sin ultraje, constituída regente la emperatriz de la manera mejor motivada, se necesitaba darla un consejo de regencia y fijar sus atribuciones. Napoleón determinó que lo compusieran los príncipes de la sangre, tíos del emperador, los príncipes grandes dignatarios, siempre á condición de que no reinaran fuera, y por este orden: el archicanciller, el archicanciller de Estado, el gran elector, el condestable, el archi-

tesorero, el gran almirante. Este orden daba el primer lugar al príncipe Cambaceres y le aseguraba la principal influencia sobre la dirección de los negocios. Además Napoleón se encargaba de asegurársela por medio de sus instrucciones secretas á la emperatriz más de plano. Sobre todos los grandes negocios del Estado debía ser oído el consejo, bien que no teniendo más que voto consultivo.

Arregladas así las cosas en un proyecto de senado-consulta, Napoleón hizo que se presentara al consejo de Estado antes de llevarlo al senado. Allí expuso de viva voz, y con precisión y autoridad, sus razones. Todos quedaron silenciosos, y aprobando al parecer sin reserva. No obstante, un individuo preguntó si convendría reparar una omisión del futuro senado-consulta, confiriendo la regencia á la madre del emperador menor, aun cuando no fuese emperatriz viuda. Este caso pudiera ocurrir si Napoleón adoptara por heredero á un hijo de su hermano Luis y de la reina Hortensia. Esta princesa, después de abdicar el rey Luis la corona de Holanda, vivía en Francia separada de su marido y amadísima por la sociedad parisiense. Presentada la reclamación evidentemente en interés suyo, fué apoyada por un joven consejero de Estado que gozaba de todo el favor imperial, el conde Molé. Napoleón rechazóla de una manera dura y perentoria, y ya no se trató del asunto. Al salir del consejo dijo á Cambaceres: «¡Ya habéis visto agitarse á los amigos de Hortensia! ¡Qué sería si yo muriese!...» Y no pudo contener un suspiro ante la idea de cuanto pudiera acontecer si desaparecía de la escena del mundo.

Adoptado fué el senado-consulta por el senado tal como fué propuesto. Por sus cartas patentes confirió Napoleón á la regente la plenitud aparente de la autoridad soberana, salvo la interdicción de presentar leyes al cuerpo legislativo y senado-consultos al senado, pero en la práctica restringió el uso de esta autoridad con precauciones bien calculadas, estableciendo que nada hiciera la emperatriz sin la firma del príncipe Cambaceres. Además dióla por secretario de regencia al prudente duque de Cadore, Mr. de Champigny, que debía desempeñar cerca de ella las funciones de ministro de Estado. De seguro no la podía rodear de mejores consejeros.

Con su nueva dignidad invistió á la emperatriz el 30 de marzo. Rodeado de los grandes dignatarios del imperio, la recibió en la sala del trono, y allí prestó juramento de conducirse como buena madre, como fiel esposa, como buena francesa, en las augustas funciones que le eran encomendadas. Cumplida esta formalidad, despidió á la asamblea, sólo retuvo á los ministros, é hizo asistir á la emperatriz á un consejo donde se trataron los más graves negocios. Apareció atenta, curiosa, y no desprovista de entendimiento. En los días sucesivos siguió llamándola á los consejos que eran celebrados, discutió delante de ella sobre todo, y cuidó de iniciarla personalmente en el gobierno. Durante este corto aprendizaje indicó á los encargados de dirigirla lo que convenía ponerla de manifiesto ú ocultarla. Recorriendo los partes de la policía, segregó algunos y dijo al archicanciller Cambaceres: «No conviene manchar el espíritu de una joven con ciertos detalles. Os encargo que leáis estos partes, y escojáis entre ellos los

que deban ser comunicados á la emperatriz (1).» Después excluyó otra clase de asuntos, reservándosela personalmente, la del nombramiento de los oficiales superiores del ejército. «Ni vos, ni la emperatriz, dijo á Cambaceres, conocéis el personal del ejército; sólo el ministro de la Guerra lo conoce, y no me inspira confianza. Si le dejara holgura, llenaría el ejército de individuos con cuya adhesión no podría contar en manera alguna, y tendría que acabar por destituirle. Así cuidaréis de enviarme á firmar todos los despachos.» Laborioso el ministro Clarke, duque de Feltre, asiduo á sus tareas, afectando adhesión, si bien empezando á dudar de la perpetuidad de la dinastía imperial, buscaba á cosa hecha futuros apoyos en todos los partidos. Violentamente había roto con el ministro de Policía, y á Napoleón no le desagradaba hacer vigilar la fidelidad algo sospechosa del duque de Feltre por el odio del duque de Rovigo, en cuya sinceridad tenía plena confianza.

Aspirando Napoleón en el momento de su partida á ganar amigos para su hijo y para su esposa, hubiera querido hacer una gran promoción de senadores, á fin de apuntalar con intereses satisfechos la quebrantada adhesión de considerable número de personajes. Pero esta providencia ofrecía un peligro, que el penetrante archicanciller le puso de manifiesto. No había más que trece plazas vacantes y trece dotaciones disponibles en el senado. Hacer más nombramientos que vacantes, equivalía á obligarse á dividir más los recursos existentes, ó á aumentar las rentas de aquel alto cuerpo: no permitiendo la situación de la hacienda adoptar este último arbitrio, y no queriendo usar del primero, por miedo de disgustar al senado, sólo nombró Napoleón trece nuevos individuos, que no acrecentaron mucho la fidelidad de este cuerpo, como se verá más tarde. Además, prodigó las condecoraciones de la orden de la Reunión, y nombró duque al conde Decrés, á quien había hecho esperar este título muy injustamente, pues este ministro no tenía la culpa de que durante la era imperial no hubiese alcanzado grandes triunfos la marina. Por sus ayudantes de campo eligió al general Corbiveau, que milagrosamente había hallado el paso del Berezina, y al ilustre Drouot, que tan eminentes servicios prestaba en la artillería de la guardia, con la cual se ganaban las batallas. No se limitó á ganar amigos á su esposa y á su hijo, sino que también aspiró á ahorrarles embarazos. Llamado había al mariscal Soult de España, y permitido á Mr. Fouché que volviera á su senaduría. No quiso dejar ociosos en París á estos dos personajes, y menos al segundo. Llevóse al mariscal

(1) Véase una interesante carta al duque de Rovigo, donde se revela esta clase de cuidado:

«Al ministro de Policía.

»Erfurth, 26 de abril de 1813.

»Mi intención no es que entreguéis directamente á la emperatriz los partes sobre cosas de policía. Esto no puede ofrecer ninguna ventaja, y sí inconvenientes. La emperatriz es demasiado joven para pervertir su espíritu ó inquietarla con detalles de policía. Así sólo entregaréis al archicanciller copia de los partes que me enviéis; y el archicanciller solamente pondrá en su noticia lo que sea bueno que sepa, y tratando lo más ligeramente posible de esta clase de asuntos.» (N. del A.)

Soult consigo, proponiéndose emplearle en su guardia, y resolvió confiar á Mr. Fouché el gobierno de las provincias conquistadas, tan luego como volviera á entrar en los países alemanes.

Tres ó cuatro semanas antes había dado término á la sesión del cuerpo legislativo, haciéndole votar la ley de hacienda así como la relativa á la venta de los bienes municipales. Ínterin los nuevos bonos de la caja de amortización se acreditaban entre el público, por la lista civil y el tesoro extraordinario compró como unos setenta millones de francos, lo cual era para Mr. de Mollién un buen socorro, al par que una notable disminución de los recursos metálicos en las Tullerías. Según su costumbre, envió algunos millones á Maguncia, cuya caja desconocían sus ministros todos, á fin de que no contasen con ella, y de tener allí medios para proveer extraordinariamente á lo que necesitaran sus tropas.

Antes de su partida tomó aún algunas providencias relativas al concordato de Fontainebleau. Sin negar el papa la autenticidad de este concordato, y sin desconocer su firma, adoptó el partido de no ejecutarlo, si bien guardando el más absoluto silencio acerca de sus intenciones. No hablaba de su traslación á Aviñón, para la cual tampoco había dispuesto nada; no ejercía las funciones del pontificado; no había elegido ministro alguno para comunicarse con el gobierno francés, ni menos participado á las diversas cortes católicas que á Aviñón le podían enviar representantes acreditados. Tocante á las famosas bulas destinadas á instituir á los prelados nombrados por Napoleón, tantas veces anunciadas y esperadas ya hacía mucho tiempo, nada decía, y así el gobierno de la Iglesia continuaba siempre en suspenso. Sobre estos diversos objetos, retornando Pío VII á un sistema de sutileza, que no era suyo propio, sino de sus consejeros, distaba mucho de declarar que pretendía renunciar al concordato de Fontainebleau y retractar su firma; pero parecía dar á entender que en el estado actual de las cosas nada tenía de urgente la ejecución de este ajuste, y afectaba soñar más que nunca con su apacible retiro. Ello sí los personajes activos del partido de la Iglesia hacían á Fontainebleau muy frecuentes viajes. Impetuoso como era Napoleón, estuvo á pique de echar á perder por medio de un escándalo toda la habilidad de la avenencia con el Padre Santo; pero mejor aconsejado limitóse á sacar provecho de sus ventajas. Habiendo firmado el Sumo Pontífice pública y libremente el concordato, Napoleón no tenía razón alguna para mantenerlo secreto. A la verdad había prometido no publicarlo hasta que se comunicara á los cardenales; pero la mala fe de que se usaba respecto de su persona, el retraso que se notaba en dirigir la tal comunicación á los purpurados, á pesar de hallarse todos juntos en París á aquella hora, y las denegaciones de muchas gentes de iglesia, asegurando otras que no existía tal concordato, y otras que había sido arrancado por la violencia, daban en fin á Napoleón el derecho de publicarlo. De consiguiente lo hizo insertar en el Boletín de las Leyes, como ley del Estado, y debiendo ser cumplido desde aquella fecha. En seguida tomó sus providencias para que la institución de los nuevos prelados, significada oficialmente al papa, se hiciera por el metropolitano si el Sumo Pontífice no la concedía en el término de seis meses. Además restringió el nú-

mero de las visitas á Fontainebleau y designó los que podrían ser admitidos á presencia del papa. Finalmente, decretó sin ruido el arresto y la traslación á cuarenta leguas de París del cardenal de Pietro, á causa de haberse señalado por sus malos consejos en esta última coyuntura. No se dejó ignorar el motivo de este nuevo rigor en torno del papa, si bien no lo hizo extensivo á ningún otro de sus consejeros. Se propuso hacer una advertencia y no dar un escándalo.

Pocos días antes de su marcha á Maguncia, presentóse el príncipe de Schwartzberg, anunciado como confidente de las resoluciones más secretas del gabinete austriaco. Ya Napoleón había despedido para Viena á Mr. de Bubna, después de gustar su talento, de halagar su amor propio, y de estimular lo más posible sus buenas disposiciones á favor de Francia. Aplicóse á inculcarle la idea, nada adecuada entonces á penetrar en una mente alemana, de que Austria debía aspirar á rehacer con Francia su deteriorada fortuna.

Cerca del príncipe de Schwartzberg intentó lo propio. Éste, que no aborrecía á Napoleón de ninguna manera, y por el contrario, tenía motivos personales para mirarle de buen ojo, se empezaba á hallar en grande apuro, porque no quería desagradarle, y procuraba además contemplar las pasiones de su patria, aunque distase mucho de participar de ellas del todo. Mr. de Metternich le había enviado para que preguntara mucho más que hablara, encargándole especialmente indagar qué paz se hallaría dispuesto á celebrar Napoleón, é insinuarle que Austria no desenvainaría la espada más que por la paz, y por una paz completamente alemana.

Decir esto al impetuoso Napoleón, radiante de confianza y de ardimiento, no era cosa llana ni agradable. Así el príncipe de Schwartzberg aceptó esta misión mal de su grado, y desempeñaba con cierto mal aire. Nada expuso claro ni satisfactorio, sólo habló de la necesidad de la paz, del desencadenamiento de los ánimos en Alemania, y no se atrevió á expresar más que muy pequeña parte de lo que tenía encargo de hacer presente. Por lo demás, Napoleón no le dejó tiempo ni ocasión de explicarse; halagándole sobremanera, probó á atraerle á sus proyectos; le acreditó una confianza calculada, y cogiendo los estados de tropas que tenía sobre su mesa de despacho se esforzó por persuadirle de que en Francia, Alemania, Italia y España tenía un millón y ciento ó doscientos mil hombres sobre las armas, que valían bien por su calidad lo que los jóvenes alemanes que se le pusieran en contra y se hallaban á las órdenes de muy diferentes oficiales, y sobre todo de muy otro caudillo. Afirmó que iba á aniquilar á los rusos y á los prusianos y á repelerlos más allá del Vístula. Acto continuo trató de persuadir al príncipe de que esta era la ocasión para Austria de hacer la paz cierta y pronta declarándose á favor de Francia, y de hacerla al par más ventajosa que otra alguna, aceptando la Silesia, un millón de polacos y la Iliria, cosas todas que se hallaba dispuesto á darle. Aunque dotado el príncipe de Schwartzberg de una razón firme, conmovióse ante los cálculos de Napoleón; y con todo procuró manifestarle que en la próxima campaña tendría que habérselas con tropas animadas de violento fanatismo; que no sería asunto de una ó dos batallas; que